

Lee el siguiente relato y realiza las actividades propuestas.

### Horizonte vertical. Ascensión al Everest

A mis veinte años lamentaba que, en los tiempos que me había tocado vivir, esas historias de grandes viajeros quedaran reservadas solo para las páginas de los libros. Tenía sed de aventuras. Amaba la vida peligrosa porque sabía que de ahí solo podía salir convertido en alguien más fuerte. La gloria, el triunfo, la posibilidad de ser el mejor alimentaban mi espíritu y los necesitaba como el volantín precisa del viento. Ya no me bastaban los fines de semana en el Cajón del Maipo. Dentro de mí, una voz me decía que estaba hecho para cosas más grandes. Y no me equivocaba.

Sentía que era un hombre viviendo una vida que no le correspondía, porque la ciudad era terriblemente aburrida y todos los que me rodeaban parecían haberse rendido frente al destino. No querían pelear, se dejaban arrastrar por los días y no eran dueños de su existencia. Lo peor de todo es que querían hacer de eso un modelo, el referente para los que venían después de ellos. ¿Qué culpa tenía yo de que hubieran fracasado? ¿Por qué yo debía pagar sus culpas? ¿Por qué tenía que repetir sus historias a sabiendas de que eran un guion mal resuelto?

Yo hablaba de adentrarme en una selva virgen o de navegar por el más endemoniado de los mares, sentir mi corazón emocionado, poner la cara a los peligros, vivirlos, padecer heridas, subir hasta la montaña más alta, pero nadie parecía entenderme. Creían que estaba loco, que eran delirios de una juventud que pronto pasaría. ¿Cómo explicarles que yo no iba a dejar que eso ocurriera? No quería pasarme las tardes de mi vida sentado frente al televisor viendo vidas ajenas, mientras la mía se pudría lentamente. ¿Cómo podía decirle a mi padre que no me interesaba trabajar en la fábrica de camisas que había ido pasando de Calleja a Calleja, desde que el tatarabuelo Carlos la había fundado cerca del parque Bustamante? ¿Cómo decirle que no quería seguir sus pasos, que no quería volver a festejar ninguna de las celebraciones familiares y que estaba harto de esa vida que él me quería heredar?

La rabia no era solo con él. Me incomodaban la ciudad y sus estructuras, las normas, las obligaciones cotidianas, los otros; sobre todo los otros, carceleros de una cárcel invisible que intentaban programarnos para vivir en ella sin que nos diéramos cuenta. Yo no quería esa vida. A mí me animaba una existencia distinta. No quería una corbata ni un escritorio con vista a la cordillera, ni la misa del domingo, ni el viaje en metro.

Mis padres me hablaban de la importancia de planificar, de pensar en el futuro, de ahorrar para tener una buena casa y de hacer buenos contactos para que el día de mañana pudiera estar bien ubicado. Pero yo no quería eso ni nada que se le pareciera. Yo quería vivir la vida peligrosa, sentir que un día podía ser infinitamente distinto al otro, que el futuro era una caja de sorpresas, que la única casa a la que podía aspirar era a la que formaban las miles de montañas, infinitas en sus misterios y secretos. ¿Algún día mis padres entenderían que lo mío era caminar por la orilla de la existencia, avanzar por los territorios de la vida salvaje?

No imaginaba que mi vida tendría un giro insospechado la tarde en que Sofía me llamó por teléfono para contarme lo de su papá.

—En cuatro meses más parten al Everest. Se bajó un integrante. Necesitan a alguien que sea seco en escaladas. ¿Te animas?

Yo sabía de esa expedición. En ella figuraban tres de los mejores escaladores chilenos: Dagoberto Delgado, Christian Buracchio y Juan Sebastián Montes. También estaban dos leyendas vivas del montañismo: Claudio Lucero y Cristián García-Huidobro. No supe qué responderle. Solo atiné a enmudecer. Me tiré de espaldas en la cama sin entender demasiado bien qué estaba pasando. El teléfono se me resbaló de la mano y cayó al suelo. Debo haber estado así una hora, con una sonrisa estúpida deformándome la cara. “El Everest”, pensé. Dejar las aburridas clases en la universidad para vivir esa aventura que tanto había soñado. Tuve que tomar aliento, el mismo que algunos meses después me habría de faltar una vez que superáramos los 6000 metros de altitud y sintiera que la muerte me abrazaba por la espalda.

Rodrigo Jordán y Marcelo Simonetti. (2014). *Horizonte vertical. Ascensión al Everest*. Santiago: Ediciones SM. (Fragmento).

**1** ¿Cuál es el conflicto que enfrenta el protagonista?

---



---



---

**2** ¿Cuál es el quiebre de dicho conflicto?

---



---



---

**3** Marca con una **X** el o los recursos empleados por el autor. Subraya el fragmento en el que están.

- Flashback
- Racconto
- Anticipación
- Historias paralelas

**4** ¿Qué efectos logra producir el narrador al emplear estos recursos?

---



---



---



---

Nombre	Fecha
--------	-------